

ÓSCAR OLIVA
LA REALIDAD CRUZADA DE RAYOS

Selección y nota introductoria de
EDUARDO CASAR

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2011

ÍNDICE

LA REALIDAD CRUZADA DE RAYOS

Eduardo Casar 3

PRÓLOGO 8

AL VOLANTE DE UN AUTOMÓVIL, POR LA CARRETERA

PANAMERICANA DE TUXTLA

A LA CIUDAD DE MÉXICO 8

EL ARTISTA (1) 13

EL SUFRIMIENTO ARMADO 15

REPRESIÓN DEL MONTE (1) 16

MATERIA NOMBRADA 17

DESCRIPCIÓN DE UNA REUNIÓN CON ALGUNOS AMIGOS

DE LA INFANCIA 19

AHOGO EN UN VASO DE AGUA 27

IMPOTENCIA DEL PENSAMIENTO PURO 28

EN UNA SOLA LLAMA 29

AÑO UNO 32

EPÍLOGO 40

LA REALIDAD CRUZADA DE RAYOS

En el año de 1960 aparece en el panorama de la literatura mexicana un libro colectivo de poemas titulado *La espiga amotinada*. Lo integran libros de Juan Bañuelos, Óscar Oliva, Jaime Augusto Shelley, Eraclio Zepeda y Jaime Labastida, quienes desde entonces pasan Conocidos como el grupo de “La Espiga Amotinada”.

El nacimiento de este grupo (nunca configurado programáticamente sino enlazado por la amistad y por una visión común en lo que se refiere a una concepción del mundo y una búsqueda expresiva) ocurre en el contexto de dos hechos históricos de amplias dimensiones: en el interior de las fronteras mexicanas la emergencia de importantes movimientos de reivindicaciones sociales populares principalmente la gran huelga ferrocarrilera de 1959; en el plano internacional, el triunfo de la Revolución cubana. Se generan por este contexto realidades, hechos, necesidades que demandan la creación de nuevas formas poéticas capaces de expresarlos. “La Espiga Amotinada” recoge, además de otros, un ámbito temático referente a las luchas sociales por un país distinto; para estos nuevos contenidos los poetas del grupo componen nuevas formas: buscan y plasman otros ritmos, otras palabras, otro tipo de imágenes. Señala Françoise Perus que si a los poetas de “La Espiga Amotinada” hubiera que buscarles un denominador común, “sería, tal vez, el de su empecinada negación a toda metafísica (que implica la *desacralización de la poesía*), unida a una no menos firme concepción del mundo, que ha de ser dialéctica (y que involucra una común posición ética, en lo vital y poético)”.¹

En el proceso de la poesía mexicana, el tratamiento desembozado de temas de carácter social por parte de “La Espiga Amotinada” constituye (en la época en la que aparece el libro mencionado) una piedra de escán-

¹ Françoise Perus, “La herencia de la tierra en La Espiga Amotinada”, en *Plural*, segundo vol. XV-III, número 171, Diciembre de 1985, p. 3.

dalo. La polarización de posiciones ideológicas que surge al proclamarse el carácter socialista de la Revolución cubana, reviviendo para los intelectuales la problemática relativa a las relaciones entre poesía y política, engendra, de parte de aquellos que sostienen una separación tajante entre estos dos términos, un temor sordo, el reflejo condicionado del rechazo; por él se desatiende, se margina, la novedad estilística que ofrece el grupo de “La Espiga Amotinada”. Este sordo temor (promovido por razones políticas y no estéticas) hizo también que se olvidara la diversidad entre cada uno de los poetas del grupo y que se levantara el lugar común de que todos ellos escribían igual. A pesar de todo esto, los integrantes del grupo continuaron su labor poética desarrollando y profundizando hallazgos y proyectos.

En 1965 aparece *Ocupación de la palabra*, otro volumen colectivo, después del cual cada uno de los poetas de La Espiga comenzó a publicar por separado, tarea que sostienen hasta ahora, veintiséis años después de aquel primer libro memorable. Esta labor, firme y creativa, continua, de los poetas mencionados, y un mayor desarrollo de la conciencia artística y política de los estratos intelectuales del país, ha hecho que la especie de “veto” hacia la poesía de La Espiga se disuelva. Las nuevas generaciones reconocen a los poetas como fundamentales: se les lee, se les goza, se les juzga críticamente: su obra comienza a ser aprovechada.

Óscar Oliva nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en 1937. En el volumen de *La espiga amotinada* publicó *La voz desbocada*, en *Ocupación de la palabra* el libro con el que Oliva estuvo presente fue *Áspera cicatriz*. Posteriormente, en 1971, publicó *Estado de sitio*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía. Su libro más reciente es *Trabajo ilegal*, que reúne la poesía que ha escrito desde 1960 hasta 1982. En ese sentido este libro podría considerarse como sus obras completas hasta ahora. Sin embargo, *Trabajo ilegal* posee ciertas características que hacen que se le pueda considerar como un objeto que representa una de las exigencias

más importantes (no sé si la principal) de la “poética” de Oliva. En vez de una simple reunión, una recopilación de sus libros anteriores ordenada cronológicamente como éstos fueron publicados, el poeta elige construir para esta suma una estructura que le sea propia: divide el libro en XXVII secciones y acomoda los poemas haciendo caso omiso de la sucesión cronológica, según su clima, su temperatura, según su peculiar espiral poética; agrega, además, poemas que no aparecían en otros libros². Oliva concibe a este libro como una obra unitaria, como una totalidad con movimiento propio. “*Trabajo ilegal* —explica Oliva— es el proceso del derrumbe de una realidad como la nuestra, en medio de la lucha de clases, del amor, de la esperanza y la desesperanza (...). Este libro está integrado como una obra abierta, siguiendo un hilo conductor temático y agrupado por secciones, conforme he visto ese derrumbe, también la esperanza que sin embargo provoca, pues el ver todo caído es el inicio de la reconstrucción”.³

Esta búsqueda de una estructura, de una totalidad orgánica, está presente, asimismo, en los poemas tomados separadamente y, más allá, en la concepción que el poeta tiene de la poesía. En un taller de los muchos que Oliva ha impulsado o dirigido, nos recordaba el poema “Sucesos”, de Jacques Prevert, donde una golondrina enlaza, desde la altura o los nidos de su vuelo, diferentes sucesos, haciéndolos significativos por su presencia. Esta búsqueda es, como ya señalé, una de las características más relevantes de los poemas de Oliva. Así sea manejando una serie de datos históricos o de anécdotas cotidianas, o de sensaciones, el

² Cuando terminé este libro de Oscar Oliva vi que se había quemado entre mis manos. No me sorprendió que el libro se hubiera hecho cenizas: su diseño está elaborado para que parezca que el libro se calcina: cada vez que comienza una de las secciones aparece una fotografía de la portada cada vez más consumida por el fuego: la contraportada es un montón de cenizas donde laten los rescoldos: lo que me sorprendió fue que las manos me ardían.

³ Entrevista a Oscar Oliva por Saide Sesín, *uno más uno*, 20 de mayo de 1985.

poema de Oliva está trabado (trabajado) por una lógica interna, dada no sólo por mediaciones conceptuales sino también por eslabones emotivos.

Esto, de algún modo, tiene que ver con la concepción que posee Oliva acerca del propio trabajo poético. Óscar Oliva es, si me puedo expresar así, un poeta homérico. Habla la historia de un pueblo (arroja sus palabras y sus palabras caen de canto), canta una realidad colectiva e histórica de la que no puede separar su propia realidad cotidiana: es un testigo de los sucesos, pero no sólo los presencia: los resignifica al *relacionarlos* entre sí y con él, con la exaltación o la sangre que le mueven; así, trabaja con ellos, traba en ellos la experiencia de su existencia cotidiana. Relaciona la realidad, la integra, la estructura, multiplica sus dimensiones. La intensifica.

Otra nota de la poesía de Oliva es que busca, de manera decidida, la arritmia. Oliva rompe deliberadamente el ritmo cuando éste se vuelve monocorde. Para él, integrar no es armonizar, sino articular las contradicciones. Esto se expresa formalmente en un rechazo al vaivén acomodado, en una búsqueda de aspereza. (*Considera, alma mía, esa textura áspera al tacto, a la que llaman vida*, dice Rosario Castellanos, poética hermana mayor de Óscar Oliva).

Para encontrar más allá de la superficie sonora relaciones internas entre las distintas dimensiones de la realidad, la poesía de Óscar Oliva eslabona en ocasiones secuencias conversacionales, que la emparentan con la corriente conversacional de la poesía latinoamericana sostenida por Ernesto Cardenal. Cierta composición verbal parecida al *collage* plástico en la cual se ayuntan datos objetivos y la subjetividad que éstos desencadenan, es frecuentemente utilizada por Oliva.⁴

⁴ Coincidir con la poesía que se estaba haciendo en el resto de América Latina, así como en este aspecto conversacional, en muchos otros (aunque siempre conservando la impronta de la tradición de la poesía mexicana), fue algo común a los poetas de *La Espiga Amotinada*.

Otra característica —y no la menos importante— es que la poesía de Oliva es subrayadamente corporal. Se trata de un poeta del cuerpo. Manos, articulaciones, labios y saliva; amputaciones, sangre, nervios y movimiento, aparecen siempre en sus poemas para redoblar su tangibilidad. Sus imágenes pueden, si quieren, no tener los pies en la tierra, pero siempre los tienen en alguna parte. Sus textos son texturas.

El sujeto poético que se relaciona con la historia lo hace, en la poesía de Oliva, de cuerpo entero. Las relaciones que construye la palabra recobran aquí una sensibilidad que parecería más propia del canto, de la voz que vibra, que de la palabra escrita. Estructurando, integrando, la poesía de Oliva es una gran creadora de climas emotivos, de atmósferas sensibles.

EDUARDO CASAR

PRÓLOGO

*A fuerza de presente, a fuerza de futuro,
he alcanzado el futuro pensado años atrás,
haciéndolo presente para volver a pensar el futuro,
volviendo a empezar, para decir, para abrazar,
en la realidad cruzada de rayos,
con la boca a norte, con los oídos a oeste,
con el olfato a este, con el tacto a sur,
para ser derrotado, para empezar a luchar,
en este y otro futuro más castigado que el presente,
con la poesía que he amado, que he visto,
que oí y oí, que toqué y gusté,
a fuerza de no haber alcanzado nada.
¿Oyes nacer el trueno del derrumbe?*

AL VOLANTE DE UN AUTOMÓVIL, POR LA CARRETERA
PANAMERICANA DE TUXTLA A LA CIUDAD DE MÉXICO

A Enrique González Rojo

De Tuxtla a la ciudad de México
hay más de mil kilómetros de distancia
más de un millón de metros
más de cien millones de centímetros,

más las piedras,
más los árboles,

que no se pueden medir, ni contar,
que he recorrido tantas veces,
a tantos kilómetros por hora,
con mucho calor y viento por el Istmo,
con lluvias torrenciales por el tramo de Veracruz
que tratan de detener el carro, derribarlo en un
barranco,
que he aprendido los nombres de los puentes,
de los pueblos asfixiados, hundidos
en las curvas y rectas de la carretera;

que he recorrido por distintos días y meses del año,
en la madrugada, en la noche, en el momento
en que la tarde es una cigarra volviendo a su funda
primitiva, saltando al revés, a su condición de ninfa,
sintiendo ese cansancio que nos prende de la boca
con un anzuelo,
que continúa en un hombro,
baja hasta el calcañar de los pies,
y escarba con una cuchara
el cráneo;
todavía siento, cuando voy caminando
de un lugar a otro, en esa trepidación de vida y muerte
a la que nos empuja la gramática o la cólera,
de regreso a casa, abriéndome paso
con un pico y una pala, o cuando
estoy sentado en una silla
o cuando acostado entre las piernas de la que amo,
ese cambio de velocidades, el esfuerzo del automóvil
al subir una montaña, entrar a ese nudo de raíces,
el leve mareo al descender
y la velocidad que nos hace tragar el paisaje
o nuestras palabras;
la primera vez que llegué a la ciudad de México
no sabía a dónde dirigirme,
qué esquina cruzar,
era como comenzar un escrito,
estar acodado en una mesa frente a una hoja en blanco,
solo, con los hombros colgados hacia adelante
esperando el disparo que inicia el arranque,
la carrera que hay que ganar
y donde se es el único competidor,
una hoja que ardía en mis manos
como a veces arden los tiraderos de basura de Santa
Cruz Meyehualco,
o como los camiones y tranvías en tiempos de
rebelión,
que aullaba, que tenía hambre,
iba de un cuarto de azotea a la ciudad universitaria,
con libros bajo el brazo,
haciéndolos pedacitos y tirándolos
por la ventanilla del camión,

contaminando más la ciudad con Kant y Antonio

Caso,

y ya sin ellos me bajaba a la mitad del camino,
entraba en una cocina económica de las calles

de Academia,

o a una cervecería

y en la noche a bailar a La Perla,

más tarde sentía la humedad de la muchacha

que se había acostado conmigo,

una humedad que iba creciendo

como un universo en expansión

en unos cuantos metros cuadrados,

en unos cuantos metros cúbicos de aire

y yo escribía en las bardas de la ciudad

ampliaba mi territorio, mi radio de acción

entraba a calles espantosas

donde la gente se arrastraba,

desempleados que no tenían para comer,

rateros, tal vez criminales

que alargaban sus ojos hasta mi camisa

y era como entrar de nuevo al cine

a ver *Los olvidados* de Luis Buñuel,

y en esas calles ulcerosas vi por primera vez

carros llenos de policías, y también policías a caballo

granaderos en camiones,

que cerraban esas calles,

parte del poder del Estado,

que entraban empujando,

golpeando,

entraban a paso de carga,

y arremetían contra todos,

tirando los botes de basura,

despertando al vecindario,

disparando a quemarropa,

acometiendo como en un juego de fútbol americano

y después era el silencio de *La Calle de la Paz* de

Chaplin

y yo despertaba tirado en la banqueta,

macaneado, con las cejas cortadas,

como un boxeador *groggy* que le han parado la pelea

por *knock out* técnico en el tercer asalto,

con la rechifla de un público que no existe,
levantaba los pedazos de libros que me habían
quedado,
sin un quinto en los bolsillos,
y regresaba a mi cuarto
silbando el mambo de *El Estudiante*
a escribir el poema
que se perdió
como se pierden tantas cosas,
credenciales y mujeres,
huelgas y chicles,
buena fe y calcetines;
con mucho frío por la sierra de Puebla,
hay que subir los cristales de las ventanillas,
poner la calefacción, descender a una velocidad
regular,
y luego la claridad entrando por la ventana de mi
cuarto,
entrando ella a despertarme,
quitándose su uniforme de colegiala,
echándose encima, moviéndose,
besándonos como se besan el actor y la actriz en los
filmes,
acariciándonos en *La Torre de Nesle*,
en la mansión de *Lo que el Viento se llevó*,
ya es tarde, ya es tarde, nos decía la claridad,
se hacía la luz en la sala de cine,
había que ir a cenar y atravesar de nuevo el zócalo,
despedir a la amiga en la puerta de su casa,
después subir a la calle de Guatemala,
a dos cuadras dar vuelta a la derecha,
llegar de nuevo al poema recién comenzado,
entrar de nuevo a la expedición del sueño,
ir recogiendo muestras de distintos materiales,
para bajar de nuevo a la calle
al escuchar el ruido de los camiones
de carga y descarga, las voces de los vendedores
ambulantes,
de los recogedores de basura,
de los niños que van a la escuela,
subir a un camión de pasajeros

junto a obreros y obreras,
el chofer lleva el radio encendido a todo volumen,
es difícil llegar hasta la puerta de bajada del camión,
se toca el timbre, se prende un foco rojo al lado del
 volante,
caminar sin rumbo fijo por la estación San Lázaro,
ver pasar un tren
que a la tierra arrancara su estructura,
en seis de sus vagones una letra
que conforman la palabra HUELGA
esos materiales que llevo en el bolsillo
los comparo con los que voy viendo en la calle,
llego hasta un puesto de jugos y pido uno de naranja,
los ferrocarrileros al pasar levantan el puño y saludan,
yo los saludo,
parecen decirnos
la realidad son estos puños,
este tren,
el jugo de naranja ilumina todo mi cuerpo,
llego al sitio de reunión,
los cinco poetas están sentados alrededor de una mesa
alguien lee un poema, yo los observo:
“tienen la edad que yo tenía cuando los conocí”,
 pienso;
se han quedado inmóviles fijos como en una fotografía
en actitud de golpear la mesa,
con el lápiz en las manos,
con una copa al lado de cada uno,
tienen la edad de nuestros hijos,
edad que ha pasado vertiginosamente,
tal como el descenso por las montañas de Oaxaca,
donde parece que la carretera engendra otra carretera,
donde el menor descuido puede llevarme al precipicio,
donde parece que los frenos no responden,
se ha perdido el control del auto,
llego hasta la fotografía y la cuelgo en una de las
 paredes de mi casa,
llego por primera vez a la ciudad de México,
soy un hombro más de la multitud al dar un paso,
gases lacrimógenos me hacen rabiarse,
trenes descarrilados o incendiados en las terminales,

las vías levantadas, y el ataque
del ejército, policías y granaderos
en formación a paso de batalla,
el zócalo reducido a un culatazo en la frente,
vendrán otras batallas, nos decía José Revueltas,
los ferrocarrileros pasan frente a mí levantan el puño
y saluda,
salen de una cárcel para entrar en otra,
pasan a la ilegalidad, a sus escondrijos,
tomo nota, apunto todo esto,
no soy mas que un cronista
que ha visto caer a sus amigos,
que ha enterrado a sus muertos,
que se ha bañado de viento,
lleno de contradicciones y fantasmas,
de asperezas y afirmaciones,
con la espalda remendada tantas veces,
de nuevo amando, avizorando el futuro
que es tan difícil retener en el lente del telescopio,
negando ese futuro, de nuevo odiando,
de nuevo comenzando, en fin
iniciando el viaje, partiendo del mismo lugar,
dirigiéndome al mismo lugar,
descendiendo por la carretera, frenando
tocando el claxon, haciendo cambio de luces,
cambiando de velocidades, atento
al deslizamiento de las llantas, poniendo
en acción los limpiadores del parabrisas,
vigilando la aguja que marca el contenido del tanque
de gasolina,
bajando a gran velocidad, en fin
hasta llegar al lugar donde estoy sentado escribiendo,
al final de todo,
esperanzado,
frenando bruscamente
para no atropellar todo lo que llevo escrito
y a mí mismo.
Para continuar ascendiendo y descendiendo.

EL ARTISTA (1)

Por 1656

Diego Rodríguez de Silva y Velásquez
se pinta en un lienzo frente a su caballete
ejecutando los retratos de Felipe IV y de doña Mariana
que se reflejan en el espejo del fondo

Doña María Agustina Sarmiento,
menina de la infanta doña Margarita,
le ofrece en una bandeja un búcaro con agua.

La infanta, en medio.

A su izquierda,
doña Isabel de Velasco,
también *menina*.

La enana Maribárbola. Y Nicolás de
Portosato,
con el pie izquierdo sobre el perro echado.

En segundo término:

doña Marcela de Ulloa, “guardamujer de las damas
de la reina”, y un guardadamas. En la puerta del fondo
descorre una cortina el aposentador don José Nieto
Velásquez. En la pared, lienzos de Rubens. El cuadro
se llamaba de *La familia*. Mide 3.18 por 2.76 metros.
Hoy es conocido como *Las meninas*.

He aquí lo que yo hago:

con todos mis materiales de trabajo
me instalo de un golpe en este libro,
sentando plaza en su plaza.

Mi intención es la siguiente:

¿Cómo hacer que este libro y yo lleguemos a ser
indivisibles?

¿Cómo hacer que el poema rompa con el sometimiento
al papel?

Cuando me incline desde afuera a contemplar este
relato ya concluido,

¿qué. es lo que veré? ¿qué es lo que habré dado?
Verdaderamente,
me gustaría nada más dar una pintura boquiabierta
bajo el estruendo

Pero por el momento,
esto es imposible
Desde esta cárcel lo único que voy a dar es mi nombre.

Me considero un prisionero de guerra.

EL SUFRIMIENTO ARMADO

El poeta saluda al sufrimiento armado
César Vallejo

Frente a la tumba del comandante Marco Antonio
Yon Sosa
en Tuxtla Gutiérrez, escucho al crepúsculo
resquebrajándose
La tumba tiene el número 5582.
Sus compañeros, Enrique Cahueque Juárez (tumba
5581)
y Fidel Raxcacoj Ximutul (tumba 5584)
yacen como él, destrozados.

Los campesinos de Izabal
creían que no moriría nunca.
Engañaba a los soldados durmiendo
en el vientre de un caimán
o convirtiéndose en un racimo de plátano.
Una vez lo atraparon,
pero huyó encarnando en un venado negro.

No se puede andar mucho tiempo en armas,
junto a los campesinos, sin que uno proclame
la unidad del sufrimiento y de la rebelión.

Los asesinaron en una emboscada
cerca de la frontera con Guatemala,
en la boca del río Lacantún,
y a las 18:30 horas del 20 de mayo de 1970,
los sepultaron aquí, bajo este viento seco
y encalado.
Recuerdo que los trabajadores del panteón
y sus hijos, preguntaron:
“¿A quiénes entierran?”
No hubo respuesta.
Tres estudiantes arrojaron puñados de tierra
en las tumbas; depositaron ramos de flores.
Regreso a mi casa, en la ciudad de México,
reviso los periódicos que comentaron estos sucesos.
“México no puede ser santuario de guerrilleros
y tampoco puede permitir que grupos armados
extranjeros
violen su territorio.”

El secretario de la Defensa Nacional
también dijo que los guerrilleros guatemaltecos
habían disparado primero. “En esas condiciones
—añadió—,
nuestros soldados no van a contestar con flores y
abrazos.”

*Inclinemos nuestras banderas de luto
y alistémonos para nuevos combates.*

¿Un crepúsculo resquebrajándose por mi espalda?

REPRESIÓN DEL MONTE (1)

*Estoy pegado de los codos a un monte. Estoy en vela
junto a un cadáver y un hacha, arrancándome hierba-
jos de los hombros, garrapatas de la entrepierna.
Cuando camino, el monte cruje, avanza como un gi-
gantesco tapir en mi espalda. Pero el monte es una*

*palabra que no puedo amputar de mí, porque es el
órgano que me sostiene en vilo cuando respiro. Duer-
mo debajo de una palabra. Caserón, estropajo, ombú,
me alteran los nervios hasta el punto de romper fone-
mas. Y tengo pavor del sosiego, de la pausa, porque
son los lugares donde se incuban las palabras, donde
están como microbios con las fauces abiertas, tal co-
mo los alimentos que me tragan diariamente. Veo por
medio de las palabras, oigo por ellas, balbuceo por
ellas. Son mi hélice y mi granero, vértigos junto a un
cadáver y un hacha. Estado de sitio.*

MATERIA NOMBRADA

*Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.*

San Juan de la Cruz

1

Tu desnudez añade a mi desnudez el ala requerida.

Qué bien sabemos el vuelo donde el azul mana y
corre.

Sin pensarlo mucho he dicho sueño y sin quererlo he
tenido conocimiento de que bajo el párpado hay otra
desnudez, por añadidura donde el sueño
comienza.

Encima pasan gentes, un jet, un relámpago a
destiempo.

Pasa la carrera del verano.

Y pasamos nosotros a otro párpado.

2

Mientras te amo la selva de tus poros libera
pájaros de sal que hundan un ala
en mi pupila de. acecho;
y la otra en el aire arrodillado de tu cuerpo.
El pájaro que ha hecho nido en tu axila
se disuelve en mis labios y trago parte de tu alma.
La selva tiene algo de ti y de mí,
y nosotros dos tenemos algo
de los tres.

3

Nuestras voces se encuentran
como nuestros cuerpos
hundiéndose en la claridad
donde nada podemos ver
pero que al sentir
estamos viendo,
oyendo todo
pegados a esa oscuridad
que hablamos para no decir nada.

4

Al centro de tu cuerpo, demasiada memoria
conmovida.

En sus orillas ese clamor de patio profundo
donde se va atesorando la memoria,
oro contumaz.

En la cumbre de tu cuerpo el oro duerme.

Y cuando tu cuerpo se mueve apenas
el oro de mi memoria habla con oro conmovido.

El clamor va colmándonos como el primer discurso
del agua a un árbol,
como la demencia del primer día del año.

En lo profundo del patio hay una flor de hemanto.

5

En cuanto goce, el sol es el temblor del tránsito
de lo luminoso a la desnudez.

En tu pelo el sol oloroso desarrolla su totalidad:
la oscuridad en sí misma.

Lo anterior será más comprensible si lo completamos
de esta manera:

Hemos gozado tantas veces que el sol es nuestra
propia

desnudez y la totalidad de su fuerza
es la dificultad de su olor oscuro.

6

Busco el centro como una idea su luna.

Centro de labios donde tu muslo moja mis labios.

Busco la orilla de la idea en tus mojados senos.

Orilla de luna o porvenir que canta en el pasado.

Busco la cumbre de tus labios

y sólo encuentro el centro

reducido a un punto de lápiz.

En ese punto descansan mis ideas,

orillan, se encumbran.

Canto en el presente para que el porvenir me calle.

7

Experiencia de piel, inteligencia que busca en el
movimiento no la idea, sino la idea de la desnudez.

La desnudez en un seno, aire y ola de la realidad.

Movimiento que quebranta los cabellos y los dedos
de la experiencia, inteligencia que en unos minutos
es aniquilada por una muchedumbre de bocas.

Y sin embargo estaremos apenas una semana
separados.

8

Mi mano en tu nuca es la última letra de la palabra
que te nombra.
Los vellos de vidrio del amanecer se quiebran en
las laderas
donde mis labios aran con una palabra de liberación.
Oh sudor sexual cuando acaricio tu memoria
y cuando la salamandra de mi avaricia se hunde en
tu pasado
de fuego removido.
Saliva de selva tiene el movimiento que va a hablar,
delgadez de palabra nuestros cuerpos asidos
entredientes.
Te nombro y me nombras en el movimiento.
Sólo en el movimiento nuestros cuerpos tienen
un nombre.
Yo tomo el tuyo y se deshace en mis labios.
Tú dices el mío y lo rompes al pronunciarlo.
Nuestras voces juntas, entonces, hacen un cuerpo
que aún dormido se mueve.
Agarrados de la muerte caminamos en esa niebla
de ojos desnudos.
Mi mano en tu voz en la primera letra de la palabra
que nos alumbra.

9

La violencia en el movimiento desajusta puertas,
cambia sillas de lugar, hace entrar un mar en el cuarto
para que manoteemos en el reflujó que nos arrastra.
Lo hacemos en la orilla de la cama, bajo la regadera,
tragándonos, lanzándonos a esa violencia
que nos ensaliva el corazón,

que sella nuestras almas con sacos de cemento.
Caigo de piernas en la marea de tu pensamiento
que como un molino va triturando el
día y haciendo otro día
para nuestra esperanza de seres abrazados
tras la cortina de la clandestinidad.
Las puertas tendrán que ser arrancadas.
Las ciudades desaparecerán.
El flujo del mar llenará mi boca.
Y en el desierto seguiremos abrazados.

10

Qué bien sé yo aquellos lugares que te he arrebatado,
Un paisaje, una calle que los restituyo cuando nada te
doy;
qué bien sé yo aquellos lugares de tu cuerpo que nadie
más
sabrà porque ni tú ni yo estaremos en ese paisaje o en
esa calle.
Complicidad de tu cuerpo y el mío cuando
desaparecemos
en los lugares que te he restituido. Te doy todo.
Nada me das porque me has arrebatado los lugares
donde todavía no voy, ni iré.
Aunque es de noche.

11

con Guillaume Apollinaire

*Tu piel se cubre entonces de golondrinas
te toco con pestañas que son plumas de águilas
como si nunca más fueras a ser amada
cuánto hemos amado donde los cuatro vientos se
arrodillan
me basta gustar el sabor de laurel de tu sexo
yo nada sé y te amo solamente
estoy ebrio por haber bebido todo el universo
escucha mi canto de universal embriaguez*

12

Tus costillas son un círculo: ciérralo. Cimiento el caos.
Me pongo a ordeñar el universo. Hordas de árboles
nos vigilan.

No puedo contenerme. No puedes contenerme. El
torrente se apodera de todo lo que vive. Se ha iniciado
el asalto. Te me quiebras como el canto de un pájaro.
El canto está soldado a mí.
Toda entera aprietas mis rodillas, mis talones, mi
cintura.
Círculo cerrado de la armonía cargadas semillas que
horadan la tierra

Nosotros somos uno: nosotros mismos.

13

Niegas lo que posees cada día. Afirmo lo que poseo
cada día. En esa frontera nos completamos. Toda lucha
es una piedra donde escribimos nuestros nombres y la
arrojamos fuera de nosotros; te tengo prisionera en la
piedra que no he arrojado. Relámpago del jardín, dan-
za del pensamiento, alcoba de la carne, alegría que
huele a tu cuerpo. Tú te vuelves a mí, me haces una
seña. Saltamos la frontera y nos perdemos en un país
extraño.

14

Materia tu respiración de hojarasca que va abonando la
lengua del tiempo;
materia tus pezones siempre en eclipse que hacen cre-
cer un número a un mar;
materia el aullido, la sobrevivencia, el trabajo que nos
ha derrumbado y turbado;
materia la historia de los puentes por donde hemos
pasado y no hemos vuelto;

materia de resentimiento y a veces de odio en la esquina
donde no hemos desaparecido;
materia el cansancio después del vértigo fijo como un eje
separando la vitalidad de nuestras carnes;
el resplandor del tronco oscuro que con un soplo
se apaga.
Dame la mano: te doy la esperanza: también la esperanza
es materia que piensa; pensamiento que respiramos
y arma en la lengua que divide a nuestros cuerpos.

15

Aunque es de noche sé donde está el orden y desorden
de tu cuerpo,
todo ese impulso que escucho como si estuviera dentro
de una música oscura. Tú también estás adentro y el pez
de tu cuello se agita en mi sangre. Tú y yo pertenecemos
a la historia contemporánea. La noche es repetición
de amaneceres,
la acumulación y asimilación de las señales de la luz,
la mitad de tu cuerpo que levanto con una mano,
la otra mitad que cabe en mi boca.
Tu rostro es el de la mujer que nunca he visto.
En ese rostro resbalo, fuera del planeta
que es nada más el origen,
el orden y desorden de la historia,
nuestra situación
en la noche.

16

Te nombro junto a mi nombre en esta realidad que nos
oprime. Antes de mí, vienes. Vienes por una calle
inclinada y quiero salir a tu encuentro, y cuando llego
al sitio donde esperaba abrazarte, una multitud está
lanzando gritos; tú me recibes con un grito, y yo grito.
La realidad estalla. Nos amaños a gritos.
Sacudiéndonos. Revoleándonos en los despojos de
nosotros mismos, hundiéndonos en el nombre que nos
ahoga. Pero regresamos a la cumbre, alzo las manos
para tomar un poco de turbulenta nube y untarte con

ella tu desnudo cuerpo. Antes de ti, vengo. Vengo por una calle empinada y tú me esperas al final de ella con un grito, rodeada de una multitud enronquecida que me da un nuevo nombre. Y yo no sabré más de ti y tú me habrás olvidado en lo que buscabas. La realidad nos junta.

17

Solar, abierta, estás hecha de materia decible, en movimiento, apretándome con ese lenguaje de hierba que me hace dar respuestas bruscas.

El espejo del cuarto refleja lo que llevo anotado y más adentro de él, en el fondo, la idea de este poema que pienso.

Estás hecha también del lenguaje que me hace caer

Salimos, cada uno se dirige a sus quehaceres con esa sensación de hierba arrasada Bita carne.

Apresuramos el paso para que la materia de que estamos hechos vacíe sus espejos.

18

Abrazados, somos el polvo que pisamos donde aún nada sabemos, que cruje como el otoño al desgajarse de los bosques que aspiramos, mi mano es el tiempo de la respiración en la mirada del reloj, tu boca es el espacio que hace crecer el entendimiento del horizonte, la imperceptible desunión del mundo en la que trabajamos, la avería de una infortunada ala fuera de la realidad descubierta, la agitación de que todo es irreal porque estamos en la realidad, porque viajamos hacia atrás en el *hachazo de un adiós tremendo*: agarra mi cabeza cortada, yo veo la cicatriz que amarra tu cintura como si el sol hubiera abierto una zanja y desde ahí nos llamara por nuestros vientres, y pies, y supiera de nosotros como nosotros mismos.

Nosotros que aún no sabemos nada.

19

La claridad de tu amor está en tu piel y la claridad de mi mano en tu piel mueve la oscuridad. En tu piel labios derrumbados. Lo que el movimiento encierra es el derrumbe.

20

Donde tu desnudez mana y corre, velo tendido.

DESCRIPCIÓN DE UNA REUNIÓN CON ALGUNOS AMIGOS
DE LA INFANCIA

El papel gime como un buey moribundo.
Es como si yo escribiera con la mano metida en la sangre, en el ojo que le cuelga de su cabeza de combatiente derrotado.
Estiro una pata y alcanzo una almohada.
¿Por qué no está esa almohada bajo la fiebre?
No importa.
Su frescura es inagotable.
Es una fuente de agua.
En esa fuente me baño.
¡Me asfixio! ¡Me asfixio!
Todas las gallinas,
los guajolotes,
los cerdos
se me echan encima,
me contagian sus hambres,
sus estremecimientos.
Estoy caído en un hoyo de cien metros
Mi padre me busca con sus sabuesos
de casa en casa, de matorral en matorral.
Sólo quiero ver, aunque sea nada más un instante
la roseadura en el monte.

Quiero ver un relámpago,
sentirlo en mis brazos,
adormecerlo como un perro junto a mis pies.
Me levanto, camino lento
pero fuerte
sobre el papel en el que me hundo hasta las rodillas.
De ese mar saco un brazo para estirarlo,
para descansar un poco.
Mi garganta se acuesta en un charco de agua
y sueño que la madrugada pasa su lengua por mi lomo.
Tonterías.
Voy hasta el refrigerador y saco una cerveza.
Qué calor.
A las dos de la mañana
el calor es igual que a las dos de la tarde.
Vengan a mí en esta hora caliente,
amigos de la infancia,
sentémonos en esta piel de cocodrilo que humea.
Tomemos una cerveza
y hablemos de nuestras correrías en el monte,
de nuestras guerras,
de nuestros cuentos de espantos y ahorcados.
Muchachos, queridos muchachos, despedacémonos.
Volemos.
Verdaderamente, ya no los recuerdo, no sé quienes son.
Sólo sé que existen
en alguna parte
golpeando a sus hijos,
insultando a sus mujeres,
quejándose de que no tienen dinero.
Yo también existo.
tal vez en la hora que no vemos del día,
entre el día y la noche,
golpeando a mis hijos,
insultando a mi mujer,
quejándome de que no tengo dinero.
No sé cómo existo en este país que acuchillo y que me
acuchilla,
leyendo este periódico que hiede,
viendo la excrecencia del mundo desde la televisión,
tomando esta cerveza para mitigar un poco el agobiante

calor,
frente a la silueta de ustedes,
queridos niños y niñas,
que se desvanecen junto a la aureola
que gira en la cabeza del buey que ha cerrado los ojos.
No importa.
Todo está destruido.
Encima de una mano
que dejé colgada
en el corredor de mi antigua casa,
agarrada a la alcayata
donde mi abuelo colgaba su sombrero,
destruyo las paredes
los juguetes de madera,
el barrio con sus gentes frustradas y envejecidas,
mi cuello,
mis piernas rotas. . .

Con el brazo metido hasta el codo en el papel,
estoy hasta las cejas sucio de sangre.
Como un perro hundo el hocico en esas profundidades
cerradas y desde ahí olfateo a mis parientes.

El papel se convulsiona como un buey moribundo.

AHOGO EN UN VASO DE AGUA

De la ceguera vengo,
arcaico,
inarmónico,
inagotable por las cuestas del ajo,
alegre,
medio borracho,
bullente de grifos y géysers,
dando la impresión de un cometa desgarrado.

Me descuelgo del perejil
por un bejuco de luciérnagas:

quedo a la altura de los topos,
embarrado de luciérnagas.

Bajo por la punta de un alfiler.
Soy el primer eslabón o punto de un círculo,
clamo adentro de ese círculo,
trato de romperlo,
con un gesto,
con los dientes.

Pero es inútil. Me ahogo.
Hay que comenzar de nuevo, hasta la desesperación:
de la ceguera vengo, voy a la ceguera,
dándo la impresión de un hacha jorobada...

IMPOTENCIA DEL PENSAMIENTO PURO

Es como si yo escribiera con la mano metida en la sagre.

A través del ojo del buey que está a punto de morir,
veo lo que acontece en mi interior: no hay ningún paisaje
donde dejar los labios enronquecidos de tanto andar,
no hay donde dejar la salud cansada de tanta iracundia.

(El papel me mastica en silencio, mugiendo, y acaba
por tragarme.)

Es como si yo escribiera recostado en la astilla
de una estrella,
que de verdad fuera irreal, insutancial improbable.
Entonces pienso en la palabra Samar,
que se me sale por todas las estrofas
hasta que cae a mis brazos como una muchacha.

Samar, digo,
y Samar corre como una punta de flecha,
de puntillas
sobre la alfombra incierta de mi teatro,

digo,
y mis pinzas la aprietan como un lápiz,
sin saber a ciencia cierta si Samar quiere decir sombra,
o si quiere decir algo,
o es un planeta que vive en la sombra o un barco,
desprendido de un sol reciente
que ha llegado a encallar en la arborescencia de un
helecho.

En el espacio que me rodea se abre una ventana:
una mano atraviesa ese hueco y aprieta mi nuca.
Esto es todo.
La ventana desaparece.

Por unos segundos he visto y sentido
algo que está más allá del delirio.
Golpeo el espacio con una cuchara,
pero no hay muros ni ventanas
sólo materia transparente,
velo
cubriéndome a soplos.
Mirar me desangra.

Tal es que cada palabra que escribo se vuelve
contra mi pecho
me ensarta con una bayoneta de trigo airado.

Pongo una vara en la suite de las palabras para que
no callen.

Es como si yo escribiera con un oboe metido en la
sangre.

EN UNA SOLA LLAMA

*No hay nada sino dos seres desnudos y abrazados
Un surtidor en el centro de la pieza
Manantiales que duermen con los ojos abiertos*

Octavio Paz

a Sonia

Cuando el mundo sabe a dónde va
Tú y yo abrazados
En el centro del cuarto
Que es una nave quemada
A punto de llegar al lirio
De pie
En el lugar donde hubo un bosque
Una palabra
Nos encontramos
Anticipándonos a la gran carrera
Donde nadie ha de avanzar un poco

En tanta libertad

Mis manos bajan hasta tus nalgas
Tus senos quieren liberarse de ti
Incrustarse en mi pecho
Morderme
Tu mirada de niña
Galatea escondida bajo la falda del placer
Se llena de crecientes tentáculos
Abrazados
Proyectamos el mundo a cada paso
El mundo que ansiamos desconsoladamente
Herido en las fábricas y en las selvas
Arrastrado como un roble
Por elefantes que lloran
Aprendiendo a olvidar los pantanos

En tanta libertad

A veces me olvido que estamos en guerra
En tus pezones brinca un ciervo
Todo yo te recorro
Con aperos de agua erizada
Todo yo te respiro
Bailamos pianos con pies de potros
Mis labios en tu cuello son dos islas
En tanta constelación mareada de jazmines
Mis manos bajan hasta la empuñadura de tu espalda

Ahora voy a rodear de eucaliptos tu cintura
De semen tus eucaliptos verdaderos
De sol tus planos arquitectos
Oh tú que eres Boticelli en un ramo
Sor Juana entre mis piernas

Hoy es tiempo de amar
La policía no podrá detenerme
Si digo que hoy es tiempo de amar
Alrededor del cuarto han crecido acacias
De dos en dos
El olor del mundo es con nosotros
Sólo sentimos el rumor de nuestras carnes
Tu organismo es un estanque que resuella

En tanta libertad

Abrimos la piel como puerta o manzana
Mi camisa cae al suelo
Súbito paracaídas para los títulos de los libros
Deja esa sábana en su equilibrio de espuma
No la toques
Mira mis manos
Cómo suben espantando las avezuelas de tus muslos
Ven
Deja esa música en su velo egipcio
No la toques porque se derramaría
Voy a gaviar años en tu piel
Voy a escribir sobre ti

En tanta libertad

Mi pensamiento encima de tu pensamiento
Tus muslos al lado de mis caderas
Alegres
Y el jadeo
Nos movemos como en una gran carrera
Donde nadie ha de avanzar un paso
Todo yo te respiro
Mi lengua se humedece bajo el chorro de tu piel
Me siento vivir en todas las azoteas del mundo

Soy un coyote merodeando tu cuerpo
Un jabalí mordisqueando el maíz de tu vientre
Un quetzal en tu cuello
La cama es un valle
Un satélite de nuestro lenguaje
Es bella como trigal mecido por los cuervos
Por las olas de los cuervos que picotean
Granos enrojeciendo nuestros párpados

Algo se avecina en este movimiento
Soy un músculo más de tu garganta
Con un embudo de hojas
La palabra llega de rodillas al aposento
Abrazados
Abrazados
¿Qué reloj nos llama?
¿Cuánto tiempo ha transcurrido sobre nuestras
antorchas?
A mi lado izquierdo sonrías
Yo te beso maligno
¿Recuerdas la semana pasada?

Hemos recuperado el habla.

Mira el día
Asoma débiles garras por el resquicio del sueño

Y te besó

Aún en este mundo antiguo

AÑO UNO

*Para Alejandra Moreno Toscano
Y Enrique Flores Cano*

En la Plaza Mayor de la ciudad de México, que decir, qué responder. Entre banderas desgarradas y pancartas rotas, entre crímenes, despojando a los criminales de sus crímenes, doy respuesta a nadie.

En la Plaza Mayor, emerjo, me hundo. Le grito, la destrozó: es irascible, es indecible: la trago, la injurio: es irreconocible, es impalpable: es inasible. Es la profundidad. Es la bayoneta que entra por mi costado derecho, atravesando el vocerío: no tiene edad: es una piedra de sacrificios. Me aturde: es el ombligo que veo al agachar la cabeza.

Me inclino ante un arbusto no mayor de 40 cms. de altura, sorprendido de encontrarlo en este sitio, a esta hora en que el cielo empieza a cerrarse y algunos ángeles yacen yertos en el asfalto, o amontonados arriba de la Catedral, con los ojos inyectados por el desvarío, mientras otros cuelgan de las campanas o se agarran de las piedras confundiéndose en ellas con un gesto danzario. El arbusto tiene hojas cortas, ásperas, ramas duras, y un tronco como pata de caballo, afiebrado. En conjunto es semejante al delta de un río dibujado en un mapa, a las ceibas de mi pueblo cuando apenas están conociendo el mundo: su verdor delirante hace que mi interés lo toque, corte una hoja, la huela, la mordisquee, añorando no sé qué sabor de adolescencia. Pero estoy seguro que este arbusto no existe. O si existió un día en este lugar fue hace muchos años, cuando había pájaros, y patos, y canales de agua por donde se podía navegar. Por lo tanto, empiezo a cortar las ramas, las hojas, como si estuviera derrumbando todo un bosque, con la

experiencia del talador que ha trepado y bajado montes, hasta que lo sacó de raíz, jadeando, y empieza a llover.

Envuelto en mantas y periódicos, el movimiento casi involuntario de hombres y mujeres crece cuando la mayoría se sienta y arrecian los sueños. De pie puedo ver más allá de la oscuridad, más allá de este tiempo y espacio determinados por el trazo de mi mano: puedo ver mi mano y mi codo hundidos en el pasado donde el que corre puedo ser yo u otra persona a la cual no recuerdo o nunca había visto en la vida: me mojo los sentidos. Alguien apoya su cabeza en mi hombro, me adormezco en una pierna, una cadera descansa en mi espalda. El cansancio me llega despacio, rompiendo mis huesos, entumeciendo mis palabras. Las palabras se escurren por la zanja de la demencia. El cansancio como un Caballo que puede derribar la lluvia, patearme, despertarme. Entre los nubarrones se filtra una punta de estrella.

Reflectores, lámpara de mano inquiriéndonos, hiriéndonos, traspasándonos los pechos y cráneos. Los soldados van de un lado a otro, se dictan órdenes, se comunican órdenes, en una extraña coreografía guerrera. No entiendo nada pues estoy dentro de un balde de agua. Más bien estoy sentado en una silla con un cuaderno donde me inclino tratando de escribir sobre las piernas. Como una campana, un espeso follaje me rodea, me ofrece una copa de sombra. –¿A dónde los llevan?, me preguntó la mujer que estaba a mi lado. – ¿A dónde va el sol a estas horas?, me preguntaron los pájaros desde lo alto del sabino. Los pájaros volaron hacia donde el sol se oculta, rumbo al cerro llamado Matumactzá. Desde donde escribí no puedo controlar la ira. La ira que viene de atrás, de una cueva donde no puedo salir pues el tigre acecha y la manada de jabalíes acaba con mi sembradío de maíz.

Yo pinto esta escena en las paredes de la cueva.

Estamos como en un asteroide dando vueltas,
mareados, sin comprender nada. Pero en las entrañas
de cada uno se desgajan cerros, cataratas, ciegan
carnes. Abro las compuertas del hambre: mis abuelos,
algunos parientes caen sobre de mí, me dejan en
camiseta. Uso la cama y cuando me levanto el viaje no
ha dejado huella.

Voy desclavando las tablas de la memoria. Voy a
Tierra Blanca y luego a Matías Romero con los
ferrocarrileros en huelga. Si me has visto, paloma
blanca, no me delates, no menciones mi nombre en su
balcón. Que la guitarra no me haga uno de sus
personajes.

Reunámonos junto a los furgones y a los carros que
como bestias prehistóricas nos contagian su
inmovilidad. Paloma, paloma alza tu vuelo y mírame
desde tu blando vuelo Tu vuelo de algodón. Un
revuelo de palomas se desprenden desde las cúpulas
de la Catedral, giran, se estrellan sobre los
caparozones de los tanques de guerra. Nuestros
guardianes se ponen en posición de alerta, con las
armas listas a disparar. Dos o tres palomas en el
asfalto, con el cuello y las alas rotas junto a mí. Un
helicóptero pasa, arrastrando la luz de un reflector.
Seguramente las palomas creyeron que había
amanecido. Así capturábamos en mi pueblo a los
zenzontles.

Llegábamos en noche cerrada hasta la orilla del río
grande, y a unos pasos de la zona más tupida de
árboles, encendíamos varias fogata en línea entre los
árboles y las fogatas, una gran red. Alas como si se
quebraran o ramas rotas saltaban de las frondosidades
oscuras e iban a dar a nuestras manos. Mañana
llevaremos a los pájaros al mercado y los venderemos.
Ojalá que con el susto no hayan enmudecido. Desde
temprano estoy vendiendo estos pájaros. En las jaulas
vacías se extingue el silbo.

El tiempo quema las horas como estatuas de alcohol,
con su aliento. Del canto nacen acequias, del

pensamiento máscaras, el espíritu se eleva y es una nube ronca, llena de acentos de tropiezo, en ignición. Es el proceso. Oigo a prisioneros romper el asfalto, trabajar en la construcción de una zanja. Gesto sobre la frente y la espalda, esfuerzo del cráneo y de la columna vertebral. Tiempo tragando, tierra de tiempo. Zanja que es un cielo al revés, cielo que ceja el cielo. Una mujer duerme a mi lado, como duermen esas páginas de un cuaderno donde todavía no se ha posado la mano del escritor. Sus senos entonan una fogata de semillas. Comienzo a arar en cenizas de soles, a comer de esa carne de transformaciones. “Tengo hambre, tengo sed”, murmura. “Abre la boca. Mi pañuelo empapado en esta lluvia calmará tu sed.” Me inclino hacia ella. La tomo de la cabeza y la acuesto en el asfalto. Le exprimo el pañuelo. Toco las puertas donde está inscrito el nombre del paladar, la saliva que cuelga como una aldaba.

“¿Será posible todo esto?”, murmuro. Ella contesta desde el sueño que sí, y sigue hablando y caminando. Yo la veo marcharse y sin embargo la tengo junto a mí, puedo escuchar su sudación, tocarla. “Ya regresará”, digo. “Estoy aquí”, me busca desde sus semillas. Entonces escucho el rugido. Bajo los árboles golpeábamos la tierra con los palos que empuñábamos, algunos los arrojaban, las hembras abrazaban a sus hijos que chillaban, pataleaban. Esos rostros de monos espantados, de monos hincados ante el rayo. El tigre oculto en la hierba alta, el olor del tigre como hierba podrida, como pantano.

—Levántate, me ordenaron. Me llevan a trabajar en la zanja. Me siento tragado por un murciélago, separado de la juventud y de la ancianidad. Entonces comencé a orinarme en el pantalón, me oriné mojándome las piernas, los zapatos, los calcetines, mojando a mi familia, a mi cuna, cayendo el orín desde el tejado, sin dejar de trabajar. Caí de rodillas. Me sacaron de los cabellos, como una mala raíz. “No soy una raíz, soy un hombre”, les dije. “¿Soy acaso una raíz?” les pregunté a los soldados que me conducían. “Sí, eres una raíz”, me dijo la mujer. “Aquí te voy a enterrar”, me señaló

cuando llegamos a la ladera, “para qué cuando crezcas puedas ver el valle que se ve abajo”. Me enterró hasta la cintura. Dejé caer la cabeza hacia atrás.

El valle azul. Salimos de Amatenango y llegamos a San Cristóbal. En la casa, alrededor de la pila de agua, en unas butacas con respaldo de cuero, bebimos hasta emborracharnos. Uno leía en voz alta, enredándose en hazañas desordenadas o en la amarilla ondulación de colinas, convulsionado el cuerpo, cortándole las venas a las colinas; otro escribía dando golpes de coa hasta llegar a los restos de otras épocas, inventariando huesos, limpiando ofrendas, volviéndolas a enterrar cuando el papel de escribir se llenaba de una escritura de tierra y muerte; aquél pasaba a máquina un poema y lo que pasaba siempre era distinto al original, a él mismo, a la realidad que trastornada sin embargo podía apreciarse en aquellas palabras que iban apareciendo desgastadas no en el papel sí en la frente del poeta; éste había enmudecido después de bajar del Huitepec, briznas de nubes en los hombros, terminante el puño para descargarlo, después de injuriarnos. Yo servía más tragos. De las huelgas ferrocarrileras habíamos salido con un sueño que al despertar nos seguía a todas partes y cuando nos dormíamos el sueño quedaba afuera soñando con trenes desbarrancados. Había que prepararse. En Cuba había triunfado la revolución. Asimilar los días que como sueños se habían derrumbado en los días de los sueños, era la consigna. Nos llegó la noticia: en la lucha diaria, legal o clandestina, está la posibilidad de la alegría. No hay derrotas. Desfallezcan, nieguen, duden, arrebaten, concentren lo disperso, nos dijo Cuba. “Escuchen: les damos cinco minutos para desalojar la plaza. . .”, nos dijeron en 1968. Y cargaron contra nosotros. ¿Estoy en la puerta o adentro de la casa, existe la casa o la puerta se ha tragado la casa?

Desvarío como una encina. Me agito como un matilishuate. Caído puedo ver el cambio. Lo que hay

que cambiar puede ser un árbol, pero no la ferocidad de un árbol. Yo he visto en la selva que rodea a Bonampak la ferocidad de los árboles, una oscuridad unísona que se desgajaba multitudinariamente a un orden y *sentí troncos anulando cielos*. La ferocidad de un árbol comiendo de mi pecho, la ferocidad que me alcanza al final de un árbol.

Entendimiento emergiendo del caos, se escucha una descarga de fusilería. De las paredes de La Catedral se desprenden piedras que chocan con dientes, planetas surgen de mis codos, caigo y me envuelven en una manta, me echan a la zanja donde hace unos momentos trabajé. Todo esto, lo sé muy bien, es consecuencia de mis actos: “Tú eres un vaso de la vida que es dialéctica y que es muerte”, recordé a José Revueltas. Estoy escribiendo esto, debo aceptar lo verosímil del escenario, lo inverosímil de la escenografía. Una cadena y otra cadena, hasta que el horizonte se manche con la tinta de la escritura y desaparezca, para de nuevo aparecer en otro escenario. Lo verosímil: la urgencia de la danza, la coreografía abajo del universo. Surge el bailarín y lo contradictorio de su estancia en la tierra es que sus piernas enterradas hasta las rodillas también resisten estar enterradas en lo unívoco, bajo la sequía. La tierra: el bailarín en un traje de tierra, trabajando bajo tierra, afirmando y negando la música que brota de sus uñas y espejea el azul de sus párpados. Carrera en la entonación de sus tobillos, de sus ramajes convertidos en esqueletos de la propia luz. Alguien dice algo, siento que me dejan solo. Danzo con los dientes del sol sin labios: en el año uno sin vidrios, sin sequedad para atravesar la inmovilidad: soy precedero. Mi abuelo atravesaba también esta primavera y llegaba a sentarse con nosotros. Su caballo relinchaba en el corral, como queriéndose ir con él a no sé qué negocios de mujeres, pues ya anochecía. Sacaba un libro de su morral y nos leía. “Aurora, danos café”, pedía mi padre a mi madre. No sé que yelmos, aldeas, caminos, peleas, ínsulas compartía; y era en la cueva de Montesinos donde

cada uno de mis hermanos y yo inventábamos otras historias. Y mi abuelo y Cervantes riéndose, mientras hacíamos otro libro del Libro. La inmovilidad: mi abuelo, viéndome dormido, dejaba abajo de mi almohada semillas de ojo de venado, espinas de cuerno de toro, la movilidad y la flexibilidad de cáscaras de jobo. Una noche me dejó una pluma de águila. Aún dormido, más que sentirla junto a mí, la escuché. Sentía su fuerza. Se agitaba como un viento repentino que despeinara la piel. Siendo perecedera, me hamacaba en su piel. Recia, áspera y fina me revolcaba en su espejo, dándome puñados de primavera. Me sometía a su fragilidad. La vi imperecedera. Medijo: no sé qué me dijo: se desdijo. La escuché y era el águila revoloteando por mis venas. “Hace dos días la agarré”, comenzó a platicarnos mi abuelo. “Tembló por las montañas de Chicoasén, y me llegaron a decir a San Fernando que habían visto un águila pasar por un caserío. La encontré en las ramas de una ceiba. Tenía un ala rota. Cayó desde arriba como un gigantesco ángel, con el pecho atravesado por mi bala. Se la vendí a un comerciante que iba con su recua de mulas a Soyaló, y te traje esta pluma como un recuerdo de ese temblor blanco”, terminó mi abuelo acariciando mi cabeza. “Ya es hora”, dijo. “Ya es hora”, repetimos. Mi padre, mi madre, mis hermanos y yo lo acompañamos a la puerta. “¿Ha muerto alguien más de la familia?”, nos preguntó. No supimos qué contestarle. Desde entonces la pluma del águila la veo cada vez que trato de reparar el año sin marco: la pluma es imperecedera dentro de una zanja, es perecedera a través de un vidrio.

Veo una ventana: pienso: es lo imperecedero. Me entregan una hoja en blanco, me exigen que escriba quién soy. *Soy uno más*, escribo. Uno de los policías me pregunta: “¿Sólo escribes esto?” “Sólo esto”. Me levantan de los hombros. *Voy corriendo en una hora lodosa, extraterrena, que la razón no puede soportar. Me acerco a la ventana: de un salto puedo encontrar lo perecedero. Corro por un bosque, me persiguen con*

*perros. La ventana: es la división de la realidad y la
irrealidad: vigilia golpeada. Atado como una res.
Salto por la realidad: corro dentro de un libro, de una
letra, empujando metáforas. Estiro las piernas. “¿Ha
muerto alguien más de la familia?” No supimos que
contestarle.*

Se escuchan descargas de fusiles. “¿Conoces la
catástrofe?”, me preguntó el compañero de la
izquierda al despertarse. “No. Pero creo que estoy
acercándome a ella. Se está dando en las ruinas del
universo, de este universo donde” estamos sentados”,
respondo. “Veo desde un libro.. El libro es el resultado
de lo que yo veo”, interviene ella. Me asomo. Veo lo
que todavía no acontece. Veo lo que todavía no he
escrito. “Todo esto sólo cobrará sentido cuando nadie
sea ajeno a su estirpe mutilada y energética”,
respondo.

En el año uno del derrumbe, el hacha no responde si
no es con el alzamiento del brazo, el brazo pregunta
con horizonte y cólera. Después de saber todo esto
soplo estas páginas y vuelven a quedar en blanco. La
poesía se vuelve contra sí misma para escuchar su
propia catástrofe.

¿Qué clase de catástrofe?

EPÍLOGO

*Oye nacer el trueno del derrumbe,
óyelo arrastrarse del otro lado de la palabra,
de aquella que no se ha escrito ni pronunciado,
la que nos duele antes de pensarse,
la que no tendremos jamás.
Oye mi nacimiento en esa palabra,
óyeme sin piel tratando de hablar,
golpeando los dientes desde adentro,
abriendo las quijadas con un palo*

*para caer de cabeza con un alarido
a los pies de estas palabras maltratadas.
Tus manos reciben ese nacimiento.
Daremos esa luz que nadie ha dado.*